

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 61

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 28 DE ENERO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

BAJO CERO

Se cumplieron las predicciones de los que aseguraban que había de ser sumamente intenso el frío en el actual invierno, y aunque en los pasados meses la temperatura no fué baja en demasía, en el actual descendió el termómetro considerablemente hasta señalar tres y cuatro grados bajo cero, cifra de que no pueden quejarse los aficionados á emociones fuertes y temperaturas elevadas así en frío como en calor.

La niebla fué la decoración de la campiña manchega; lo blanco el color dominante en tejados y lo negro la característica de los desheredados de la fortuna, cuyos pies desnudos se escurrirían en lo resbaladizo del piso, tiritarían sus miembros por falta de ropa y en lo más hondo de su pensamiento, en lo más íntimo de su sér renegarían de la desgracia que tan estrechamente los abrazaba, maldecirían de su poco venturoso sino, y al ver pasar á su lado á otros más felices, al parecer, pues se cubrían con prendas de abrigo, llegarían á dudar de la misión que ellos tenían que cumplir en la tierra, sin que por un momento acudiera á ellos la resignación, que es muy raro que se albergue en el que carece de lo más necesario, tiene frío y no posee hogar, experimenta los escozores del hambre y carece de alimento y en pleno día, con la luz del sol, cuyo calor es suficiente para disipar la niebla, pero no alcanza en intensidad para proteger del frío, se creería en completa obscuridad y en el alejamiento absoluto de quien se mueve en la negación, no encuentra la fortuna, no puede acercarse á la caridad...

El pobre, el desgraciado, el que no tiene ni lo de la más rudimentaria necesidad, acaso no carezca de resignación, pero puede llegar un día en que se cansa de sufrir y por los medios que crea más á su alcance intente salir de aquella insostenible situación; al propio tiempo también tiene la facultad de pensar, pues no se hizo ésta para el exclusivo patrimonio de los felices; piensa en su miseria y al compararla con la ajena grandeza, tal vez no sean muy halagüeñas sus reflexiones y en ellas se enciernen odios reprimidos que pudieran estallar con inusitada vehemencia, si no los neutraliza la caridad...

Cuando el termómetro desciende, cada línea que el mercurio va marcando, es un suplicio más para el pobre á quien el verano le supone alegría, color de rosa, y el frío tristeza y negros horizontes, presentando un cuadro conmovedor las infelices criaturitas que yertas de frío muestran sus tiernas carnes al descubierto, un lecho desmantelado, si es que le tienen, los niega el calor de la confortable y abrigada cama del medianamente acomodado y seguramente su infantil imaginación, mientras su cuerpo tiritaba y sus dientes castañean de frío, piensan qué sería preciso para haber nacido niño rico y feliz como los que veían bien abrigados y cu-

yo padres puedan darlos cuanto sea necesario para vivir cómodamente.

¡Un poco de caridad en los crudos días de Enero cuando la temperatura desciende del cero y la miseria azota al desgraciado que carece de hogar y no tiene el abrigo suficiente! ¡Acuérdense los que tienen medios para socorrer al desgraciado de que la caridad es la más hermosa de las virtudes y la que produce satisfacción más íntima al que la practica, pues tras ella camina el bien y las bendiciones del que la recibe!

CUENTOS ESCOGIDOS

EL HÉROE

Está fuera de la ciudad, á la orilla de un camino. Hay una barraca con claraboya, algunos metros de tierra cultivada, y, al fondo, mirándose en el río, con las ventanas cubiertas de madreuelva, una casa de pequeño propietario, medio rentista, medio aldeano, que ama la soledad y las rosas. Es la que habita el anciano.

Tiene los cabellos blancos, una barba blanca y la cara como un terrón donde postean los pequeños ojos que reflejan el calor de la tierra, y las rosas germinan, se desparraman en derredor de él. Las rosas de carne, las rosas de sangre, en una floración milagrosa, azas, suficiente para perfumar todos los Corps de un siglo.

Pero los pájaros que pasan por encima aceleran el vuelo, y nunca se detienen.

Es que sobre el viejo, solitario y grave, cae un polvo de tristeza, impalpable y pesado...

Ninguna persona ha penetrado en el jardín, ni en la casa. A veces se distingue á lo lejos un kópis galoneado, junto á la barraca de la claraboya: es un coronel ó un general que murmura: —«Sí, sí; creo que es aquí». Y se detiene para cumplir la peregrinación. El oficial llama á la barraca; pero ésta permanece cerrada.

Allá abajo, en medio de los rosales, hay un anciano encorvado.

—¡Eh!, buen hombre...

El viejo mira al que llama, apoyado en su azadón.

—¿Es aquí donde vive el coronel Nominé?

Entonces, y siempre, se repite la misma escena.

El anciano, sin responder una palabra, deja su azadón y corre á ocultarse en la casita, donde queda encerrado hasta que el del kópis, harto de esperar vuelve á desaparecer en el camino.

¡El coronel Nominé...!

Numerosas victorias se evocan al escuchar este nombre: Pon-Scheon... *Bac-Vinh*... Song-Jay... Juyen-Luan... Para llenar la tela de una bandera. Y es siempre él quien aparece al frente, con el sable ensangrentado: un héroe...

Cuando abandona sus caminos de gloria, se retira á su ciudad natal. La ciudad se enorgullece; el municipio organiza grandes fiestas.

Sus conciudadanos se unen para ofrecerle una espada de honor; pero el co-

ronel rehúsa la espada, rehúsa las fiestas. Llega en un tren, por la noche, ocultándose á todas las miradas, y se encierra en su casita de orillas del río, sin atravesar la ciudad, adonde nunca baja.

En los primeros tiempos, algunos indiscretos emprenden el camino de la casita. ¡Tienen tantas cosas que ofrecer al héroe! Las candidaturas políticas, la presidencia de diversas Sociedades. Siempre encuentran la barraca de la claraboya inexorablemente cerrada. Poco á poco se le olvida.

Dicen:—Es un salvaje... Es un hipocóndrico...—Y mientras tanto, el héroe, en su jardín, rodeado de rosas, mira... mira muy lejos al fondo del espacio.

Los soldados marchan cantando á lo largo de los fatigosos caminos... Después, bruscamente, ligeras columnas de humo pasan á través de los bambús; y la canción cesa, los hombres se estrechan anhelantes... Algunos lanzan un ¡ah! terrible, caen y las filas disminuyen... Más tarde son pagodas que se escalan atravesando los cañaverales... los trofeos de cabezas cortadas... la desolación fuera de los arrozales con el agua hasta las rodillas... las pequeñas cosas perdidas, hundidas en el fango, botones de polainas, fusiles rotos, soldados muertos...

Y esta era su obra, su gloria. Esta visión de la muerte que él había creado, le perseguía sin tregua como el eterno espanto.

El olor fétido oprimía su garganta aun en medio de las rosas, del perfume y de la vida de los hermosos rosales que cultivaba con pasión.

Su sueño era ahora herir esta tierra, que había sembrado de cadáveres, y hacer que en ella germinase la vida.

Cierta vez fué á visitarle una mujer... Era distinguida y bella. Venía de muy lejos entusiasmado por los hechos del héroe, había atravesado la Francia para expresarle sencillamente su admiración...

Llamó á la barraca como los otros, y el viejo llegó á su presencia.

Esta vez no se ocultó al visitante. La gloria es dulce y agradable cuando encuentra eco en el corazón de las mujeres.

Comenzó un poco exaltada.

—¡El coronel Nominé... el héroe!

—Silencio... Ved mis rosas interrumpió el anciano...

El las contemplaba emocionado de ternura y de orgullo.

Las flores magníficas ondulaban en sus tallos con una lentitud maravillosa. Pero de repente el coronel palidece; un soplo de terror pasa por su rostro. Las rosas son demasiado gruesas, congestionadas, de una intensidad de vida excepcional. Su floración desbordaba invadiendo el espacio.

Y se había hecho así levantar á su alrededor, una vegetación anormal espantosa, ¡no habrían tomado las semillas los restos de la podredumbre humana, los restos de los cadáveres que fecundaban la tierra?

La visitante había llevado como pre-

da de su admiración, una cruz de honor cuajada de brillantes.

—No... el viejo la rehúso. Quería solamente el ramo de violetas que llevaba la señora; ellas unirían su perfume al de la mujer, como una fuente pura y fresca, de vida.

—Pero—dijo ella angustiada—¿el coronel, el héroe... es usted?

El respondió con la voz, que volvió á ser dura de nuevo.

—Marcháos; observad que yo no soy un soldado... yo soy un aldeano.

Y la siguió con los ojos, mientras ella se alejaba.

Después volvió á tomar la azada y continuó removiendo la tierra en torno de sus rosales.

Pero las paletadas de tierra sonaban con un ruido blando y sordo, como se cayeran sobre los capotes de pobres soldados muertos.

JUAN MADELINE.

NIEBLAS

I

Casi en el arranque
De Sierra Nevada,
Allí donde erocen
Al soplo del aura,
Campanillas, violetas y nardos,
Hay una casita
Como una paloma de blanca.

Las enredaderas
Suben por la tapia,
Y en el borde forman
Plumeros de ramas,
Y corre tranquilo un arroyo
Que es nieve deshecha
En menudos cristales de plata.

Formando en la puerta
Dosis de esmeraldas,
Indócil sus hojas
Extiende una parra,
Espléndido y rico palacio
De los gorriones
Que voltean, y pican y cantan.

Las primeras luces
Tímidas del alba,
Se paran temblando
Sobre la ventana,
Toda llena de frescos claveles,
Que abiertos al día
Aparecen cuajados de lágrimas.

Allí vive Rosa
Feliz, encerrada,
Como vive el pájaro
Dentro de la jaula,
Sin angustias, ni dudas, ni penas,
Cosiendo y cantando
Con la mente de sueños cargada.

¿Te acuerdas? Yo iba
Todas las mañanas;
Corría, riendo,
La verde persiana;
Te acuerdas! ¡yo estaba temblando!
¡Tú siempre reías,
Yo siempre temía y dudaba!

Una vez, fingiendo
Estar descuidada,
Al suelto arrojaste
Un ramo de sibbacia.
¡Te acuerdas!... ¡Yo estaba temblando,
Dejaste la rejilla
Encendida de fuego tu caral